

# El sumo sacerdote del *lied*: Dietrich Fischer-Dieskau

(1925-2012)

por José Noé Mercado

“En cierta ocasión Furtwängler me dijo que lo más importante para un intérprete era construir con la audiencia una comunidad de amor por la música, crear un sentimiento de hermandad entre las personas de diferentes lugares, opiniones e ideas. He vivido toda mi vida con ese ideal como intérprete.”

Dietrich Fischer-Dieskau



El influyente crítico alemán Joachim Kaiser escribió en el *Süddeutsche Zeitung* hace 50 años, según consigna Juan Gómez el 18 de mayo de 2012 en *El País*: “Con Fischer-Dieskau, el crítico más crítico obtiene lo que anhela, casi siempre en vano y en secreto: se desarma”.

No hay forma más contundente y sin ambages de hablar sobre la relevancia del barítono berlinés Dietrich Fischer-Dieskau, fallecido a los 86 años de edad ese viernes 18 de mayo, según informó a la agencia DPA su cuarta esposa, la soprano Julia Varady. Y es que si Fischer-Dieskau no fue el mejor cantante del siglo XX, o mejor aún de toda la historia reciente, es decir la conocida y documentada a través de la disco y videografía clásica, es lo más cercano a ello.

El mejor cantante, no la voz más privilegiada o la más mediática de las carreras, por una serie de argumentos que están ahí, para comprobarse, para deleitar al melómano lírico una y otra vez. Puesto que si el instrumento de Fischer-Dieskau, de timbre varonil, sereno, tierno, conmovedor, no contaba con excesivo

poderío dramático, un registro pasmoso en su extensión, ni esa especie de volumen y artillería aguda que es lo único que algunos —tan italianizados, tan verdianos, tan belcantistas o veristas— suelen equivaler a grandeza canora, era utilizado con la más erudita de las reflexiones intelectuales, la más lograda de las técnicas acordes a las características personales, la mayor documentación histórica; los matices más expresivos y sutiles, siempre, en todo caso, con irrefutables condicionamientos estilísticos y musicales.

Fischer-Dieskau fue un cantante atípico, en el sentido de que era también un teórico y escritor que definía los caminos seguidos o avistados. *Los lieder de Schubert, Wagner y Nietzsche, el mistagogo y su apóstata* y *Hablan los sonidos, suenan las palabras*, sus libros, son piedra angular para comprender, por ejemplo, la riqueza poética de la obra sonora del compositor de *Erlikönig, Die schöne Müllerin* o *Winterreise*; para aluzar de manera definitiva el conflicto estético entre Wagner y Nietzsche, creadores y pensadores que discutían ni más ni menos que buena parte del futuro del arte occidental y, en términos más amplios, del modernismo y posmodernismo que habría de llegarnos;

o las pautas y principios del canto europeo desde su cuna hasta las derivaciones más contemporáneas, exponiendo los porqués estéticos de manera reveladora.

Fue —*es*, ya que por fortuna deja una herencia de más de cuatro centenares de discos, lo que quizás sólo pueda equipararse en esos terrenos con Plácido Domingo, aunque sin penosas incursiones a Cri-Crí, rancheras y demás anecdóticas debilidades— un maestro que entendió el poder divulgador y preservador de la tradición y vanguardia vocal a través de los medios de comunicación masiva, aun cuando sabía preservarse cauto, fresco, reflexivo y novedoso en sus apuntes y opiniones, para lucir como una autoridad auténtica y no como un repetitivo y verborreíco merolico, ya que no era muy afecto a las entrevistas.

Ello, la pantagruélica discografía, una carrera como cantante cercana al medio siglo de actividad en los escenarios más relevantes del orbe, conlleva en sí mismo una pasmosa capacidad para comprender y darle el debido sentido a un repertorio amplísimo en años y géneros. Porque abordó de forma referencial de Bach a Reimann, de Monteverdi a Berg, titán en Mozart, Wagner y Mahler. Es el sumo sacerdote del *lied* (Beethoven, Brahms, Schubert, Schumann, Wolf...), admirable en oratorio, obras sinfónicas, ópera. Ningún género clásico se le resistió. Y de nuevo, no por gracia de las más dotadas facultades vocales, que otros derrochan al Hades de la banalidad, la presunción o la franca estupidez e ignorancia, sino por su estudio, por su capacidad interpretativa que mezclaba la profundidad teutona nietzscheana con un desmedido entendimiento artístico, de su sensibilidad, sin dejar de lado el fáustico aprendizaje de los años y la revisita constante a las obras para engrandecerlas, detallarlas y buscarle los colores justos de la perfección o el acercamiento a ella.

Sí. Igual director de orquesta, filólogo, pedagogo, maestro, pintor, compositor, Fischer-Dieskau hacía olvidar al crítico, con su inconmensurable arte, que siempre hay que guardar las proporciones porque el día a día del mundo clásico está lleno de medianías, de victorias de salva, de grandezas hechizas y hay que presenciarlas y, acaso, referirse a ellas sin renunciación y contento musical. Sobre Fischer-Dieskau podía explayarse sin rubor, sin quedarse insatisfecho ni parecer exagerado, en superlativo, en grados de excelencia y sublimidad. Fischer-Dieskau estuvo siempre compartiendo la escena con los, hoy, más legendarios artistas relacionados con la música y el canto: Furtwängler, Knappertsbusch, Walter, Fricsay, Böhm, Karajan, Jochum, Demus, Moore, Windgassen, Lorenz, Suthaus, Flagstad, Schwarzkopf, Kollo...

¡Ay de aquellos que se dedican a esto ahora e ignoran su muerte o la miran con indiferencia! Una muerte que ni siquiera puede decirse, leerse o escribirse. Como todo lo que hacía Fischer-Dieskau, tiene que cantarse. Descansa en paz, FiDi. ●